

El martirio de monseñor Oscar Arnulfo Romero

115

JORGE ENRIQUE SALCEDO M., S.I.*

R

ecordar a monseñor Romero no significa, pues, aislarlo de los demás mártires, ni exaltarlo de tal manera que los otros queden en la penumbra. Recordar a monseñor Romero es más bien recordar a muchos otros, mantener vivos a tantos profetas y mártires, campesinos y delegados de la Palabra. Es, sobre todo, recordar a miles de mártires inocentes, indefensos y sin nombre; es recordar a todo un pueblo crucificado, cuyos nombres nunca se conocerán públicamente, pero que están integrados para siempre en monseñor Romero. En vida, fue «voz de los sin voz». En muerte, es nombre de los que han quedado sin nombre.¹

Tal es el sentido que quiero darle a la reflexión que me suscita este hecho significativo para la Iglesia latinoamericana y en concreto para la salvadoreña. El 24 de marzo de 1980 cayó abatido por las balas de los escuadrones de la muerte salvadoreña monseñor Oscar Arnulfo Romero. En el contexto de exclusión, pobreza, marginalidad y opresión del Salvador, este obispo comenzó a leer el Texto Santo, Vaticano II, Medellín, Puebla, y desde allí iluminó su realidad para denunciar los

* Magister en Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana. Licenciatura en Historia, Universidad Pedagógica Nacional. Estudiante primer semestre de Teología, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá.

1. SOBRINO, JON, *Monseñor Oscar Arnulfo Romero. Un obispo con su pueblo*, Editorial Sal Terrae, Santander-España, 1990, p. 84.

atropellos del régimen salvadoreño contra sacerdotes, religiosas, religiosos, catequistas laicos que denunciaban la corrupción y las pocas oportunidades de participar democráticamente en ese país.

CONTEXTO HISTÓRICO DE EL SALVADOR

A lo largo de la década de los setenta se desarrolló en El Salvador una profunda crisis política. Ella se caracterizó por el deterioro creciente de los canales e instrumentos de negociación del Estado y por la progresiva erosión de su legitimidad debido al fraude electoral de 1972, agravada con el intento de una reforma agraria que se debió realizar en 1976. A esto se une otro fraude electoral, en 1977 y la persecución sistemática contra la Iglesia Católica, que asumió las propuestas pastorales de Medellín.² Ante tal situación se encontraron dos actores sociales: unos que buscaban la transformación radical de las estructuras sociales y la de aquellos que proponían la eliminación física de los que plantearan reformas, por parciales que éstas fueran, como solución política fundamental.

PRETEXTO ÉTICO DE LA LIBERACIÓN

Desde un amplio sector de la Iglesia se comenzó a denunciar a los poderosos -la oligarquía, el gobierno, los partidos políticos, el ejército, los cuerpos de seguridad- por sus posiciones excluyentes y antidemocráticas. Éstos respondieron reprimiendo y acallando al pueblo sencillo (campesinos, obreros, cristianos).

En ese contexto, un grupo de sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos, que seguían los llamados de la Iglesia, del Concilio Vaticano II, Medellín, Puebla, quisieron ser profetas en este mundo de injusticia. Debido a su denuncia profética empezaron a ser señalados como auxiliares del FMLN y fueron asesinados sistemáticamente por los famosos escuadrones de la muerte. Ante tal situación, monseñor Romero reaccionó, empezó a denunciar y a colocarse del lado del trabajo pastoral de sus hermanos en la fe.

A raíz del asesinato del padre Rutilio Grande, S.I. y otros dos campesinos, «monseñor Romero tomó la honda decisión de reaccionar como Dios se lo pidiera; hizo una opción verdadera por los pobres, representados por centenares de campesinos alrededor de tres cadáveres, indefensos ante la represión que ya su-

2. GORDÓN, SARA, *Crisis política y guerra en El Salvador*, Editorial Siglo XXI, México, 1989, p. 13.

frían y la que preveían”.³ Desde ese momento el prelado se convirtió en el defensor de quienes no tenían voz.

Monseñor Romero comprendió que como cristiano, como obispo, no se podía callar ante las injusticias diarias que veía en su país. Y optó por los pobres de su pueblo, a quienes nadie defendía. Desde los pobres descubrió que Dios es de ellos, es su defensor y liberador; entre los pobres descubrió que Dios es el Dios empequeñecido, oculto, sufriente y crucificado. Esto le hizo ahondar también en el misterio de un Dios siempre mayor, trascendente, la última reserva de verdad, de bondad, de humanidad, con que contamos los seres humanos.⁴

Monseñor Romero, ante esta situación decidió animar a su pueblo haciendo una lectura de la Palabra de Dios en su contexto. Cada domingo por las mañanas se dirigía a todas las iglesias de San Salvador a través de la emisora de la arquidiócesis. En sus homilias había reclamado al régimen por los asesinatos y les decía a los que mataban la vida que no se podía servir a dos señores. También recordaba constantemente que él, como obispo de San Salvador, no podía quedar indiferente ante las tremendas injusticias sociales existentes en América Latina y en concreto en El Salvador, que mantenían a la mayoría de nuestros pueblos en una dolorosa pobreza cercana en muchísimos casos a la inhumana miseria.⁵

Él recordaba que «la Iglesia de América Latina, dadas las condiciones de pobreza y de subdesarrollo del continente, experimenta la urgencia de traducir ese espíritu de pobreza en gestos, actitudes y normas que la hagan un signo más lúcido y auténtico de su Señor. La pobreza de tantos hermanos clama justicia, solidaridad, testimonio, compromiso, esfuerzo y superación para el cumplimiento pleno de la misión salvífica encomendada por Cristo».⁶

Por esta lectura de la Palabra de Dios, fue acusado por el propio presidente de El Salvador, quien afirmó que en «la iglesia salvadoreña hay crisis a causa de clérigos tercermundistas, y que la predicación del arzobispo es una predicación política y que no tiene la espiritualidad que otros sacerdotes si siguen predican-

3. SOBRINO, JON, *Monseñor Oscar Arnulfo Romero...*, p. 14.

4. *Ibidem*, p. 27.

5. SEGUNDA CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO. MEDELLÍN. II, *Conclusiones*, Bogotá, 1968, p. 207.

6. *Ibidem*, p. 210.

do».⁷ Con esto desconocía la dimensión de lo político que todo cristiano debe tener, si quiere realmente ser seguidor de Jesús. Monseñor recordaba a quienes lo acusaban de estar creando división entre los cristianos de El Salvador, que el Evangelio es una encarnación de Dios en todas las circunstancias humanas y que una Iglesia que no se mete en política y que no denuncia la injusticia que se hace al pueblo, no es la Iglesia de Jesús. Además, que la Iglesia tenía la obligación de participar en las denuncias de las injusticias.

A manera de conclusión, puedo terminar afirmando que monseñor Romero no se quedó solamente en una lectura del Texto Santo, sino que la actualizó al contexto concreto de El Salvador; actualizó la Palabra de Dios y ella iluminó una situación concreta de injusticia y opresión. En este sentido se puede afirmar que *«que el texto de tradición no es recuperable en su verdad y en su sentido, sino desde el contexto de situación y con el pretexto de liberación es una experiencia común en las prácticas teológicas y pastorales propias de nuestro medio»*.⁸

Monseñor Romero tampoco se quedó en un contextualismo que raya con el sociologismo, sino que éste también fue iluminado por la Palabra. Él hizo que toda genuina teología fuera pastoral y que toda auténtica pastoral fuera hondamente teológica.

Al realizar una lectura de la Palabra de Dios, de la tradición de la Iglesia y de sus documentos sociales desde un contexto histórico de opresión, represión y exclusión, tenía necesariamente que optar por un compromiso ético de liberación. Esto le generó incomprendiones por parte de un sector de la Iglesia salvadoreña y le llevó hasta la muerte.

Hoy han pasado veinte años de la muerte de monseñor Romero, y la realidad de pobreza, exclusión, marginamiento, no ha terminado para millones de habitantes del Tercer Mundo. Creo que el testimonio de vida de monseñor Romero nos debe invitar a ponernos en la perspectiva de Jesús, optar por los pobres y luchar con ellos para alcanzar algún día su liberación integral.

7. *Monseñor Romero, Mártir de América*. Cassettes sobre las predicaciones de monseñor Romero. Editorial «Sin Fronteras», Quito-Ecuador.

8. PARRA, ALBERTO, *Teología fundamental desde América Latina. I. Textos*, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología y Centro Editorial Javeriano, Santafé de Bogotá, 1996, p. 41.